

GANADORES CONCURSO LITERARIO 2019

JURADO

Bibliotecas UAI
Jesús Diamantino
Francisco Martinovich
Café Literario La Aldea

Escultor

Rosa Inés Vargas

Primer lugar Poesía

Me creaste a fuerza de yunque
Me moldeaste al fuego del crisol
Maestro, fui tu musa,
Tú, mi amado creador
A tus sabias manos mi esencia entregué
La palabra talento perdió a tu lado dimensión
Fuiste martillo a mi yunque,
Yo fui fragua de tu crisol
Con cada golpe, belleza,
Con cada flama, amor
Pero esta pieza de arte aún añora la fragua
Echa de menos a su escultor
El maestro me vio dos veces
Solo dos y se marchó
Aún recuerdo sus espaldas
No se dio cuenta de mi dolor
No sé si él estuvo orgulloso,
No sé si al final su obra él amó
Solo sé que en su momento
Fuimos uno, obra y tallador

Tormenta de arena

Sebastián Alaniz

Mención honrosa Poesía

No me mires a los ojos,
soy quien dicta la sentencia final.
No desnudes más tu cuerpo que una bestia no conoce piedad.

Resucito de entre el fuego,
me alimento de fragmentos de piel,
asesino tus sentidos, bombardeo siglos y ya no puedo ver.

Tormenta de arena en mis ojos cegados de insomnio

No me niegues
ante el miedo de creer en lo que te hacen creer.
No hagas eco de las voces que hasta matarían por verme caer.

Enmudezco tempestades,
desconecto el sol a mi voluntad,
secuestro sombras ajenas, firmo sus condenas y ya no veo más.

Tormenta de arena en mis ojos hambrientos y sordos

La perfección es un concepto imperfecto,
encadenado a los pilares del templo.

No creo en ti,
no creo en el tiempo.
No quiero ir,
infierno ni cielo.

Tatuaje

Guido Macari

Primer lugar Cuentos

Su padre le regaló una tortuga. Él viajaba mucho y, cuando estuvo en Colombia, se metió el reptil al bolsillo para llevárselo a su hija. El animal era más chico que la palma de una mano, pero creció. Se hizo casi tan grande como un melón. Su mujer le decía que era ilegal, que sería un problema. Al final, su hija la convenció para que se la quedaran.

El nombre de la hija no es importante en la historia. Sin embargo, para efectos prácticos, responderá a Paz. La tortuga, en cambio, en serio no tiene nombre.

Sonríe mientras la tortuga le da pequeñas mascadas a un tomate. Ambas están al sol; hay un calor que entibia, pero que no alcanza a quemar. Ideal para los animales de sangre fría. Paz está sentada en un escalón junto a la casa. La tortuga solo mueve la cabeza para alcanzar el fruto con la boca. Sacar a su mascota al patio es una rutina casi diaria, salvo que llueva o llegue tarde de la universidad.

Tiene un tatuaje en la cadera. Se lo hizo sin un motivo claro, cuando sus papás ya estaban separados. Sentía que se le vería bien. También le gustaba la idea de tener una ballena jorobada y una ballena orca imitando las posiciones del Yin-Yang. Ambas especies tienen en común ser muy inteligentes. Pero tienen la diferencia de que las primeras son bondadosas, capaces de salvar una foca del ataque de un depredador; en cambio, las segundas, son asesinas frías, que juegan con sus víctimas. Eso lo leyó en internet pero no le consta.

No deja que la tortuga esté en el patio sin nadie viéndola. Una vez la dejó sola comiéndose un pedazo de sandía y, cuando volvió, no la encontró. Paso más de media hora buscándola dentro y fuera de la casa. De repente, se le ocurrió ver si la encontraba en la calle. Y ahí estaba, junto a unos arbustos frente al antejardín.

Paz caminaba hacia a su casa cuando pasó frente a una plaza cercana. Venía de la casa de un amigo y había tomado varias cervezas. Vio a su mamá sentada en una banca: fumaba. Hasta donde ella sabía, su mamá no fumaba. Pero se sentía demasiado ebria como para cruzar la calle y decirle algo. Se quedó dormida apenas se echó en la cama. Despertó al día siguiente no muy segura de nada.

Fue hace cuatro años que su padre le regaló la mascota. Él viajaba por motivos laborales, al menos era lo que siempre decía. Después, Paz se enteraría que las cosas no eran tan así. Verdades a medias. La mamá de Paz lo echó de la casa.

Ella contempla la tortuga y a veces se acuerda de toda esa etapa. Sin darse cuenta, se molesta un poco con el animal. Después se calma y se arrepiente; siente una culpa que, las primeras veces, le quitó el sueño.

De todos modos, le resta importancia. Lo intenta.

En general, sentarse y mirar a la tortuga es una actividad que le relaja. El reptil no hace gran cosa más que comer, dar un par de pasos aletargados sobre los ladrillos y cerrar los ojos para quedarse quieta tomando sol. Sin embargo, a Paz le gusta ese panorama. Apoya los brazos en las rodillas y sonríe. A veces piensa que la tortuga pertenece a otro lugar, seguramente alguna selva tropical colombiana. Aunque también piensa que no podría estar en mejores manos, lejos de cualquier depredador.

Pero también piensa otras cosas. Hay ocasiones en que se pone a reflexionar sobre su vida. Ha tomado decisiones importantes ahí. Una vez, mientras vigilaba al reptil, decidió congelar su carrera. Estudiaba derecho, pero sentía que interiorizar leyes y procesos jurídicos no era un ámbito que le interesara suficiente. Pensó en sociología, también literatura. Quería aprender otras cosas. Y tomó la decisión mientras su tortuga mascaba una frutilla.

Es de noche. Paz está acostada en la cama matrimonial viendo tele. Su madre está de pie frente al espejo, con el pijama a medio poner. Toma sus pechos y los levanta un poco con ambas manos. Luego los suelta, y caen, como cargados de pasado. No hay luces encendidas, el brillo de la pantalla remarca su torso. Su hija la mira de reojo, solo ve su espalda. No hay palabras. De pronto la mamá se cubre con el brazo y se encamina al baño. Cierra la puerta. Pasa un rato y Paz piensa en levantarse, preguntarle por qué demora tanto en salir. Pero solo le baja el volumen a la tele y todo queda en silencio. Afuera, en la calle, se oye la risa de un hombre.

Lleva la imagen pegada en la piel. A veces la acaricia con ternura.

Dejó derecho por dos años tras la separación de sus padres. En ese tiempo, trató de trabajar y estudiar lo más posible. Su mamá le decía que no demorara tanto en elegir una nueva carrera. Su papá evitaba llevarle la contra, así que le decía que no había apuro. Al final, más por resignación que por seguridad, volvió a derecho en la misma universidad.

Paz había olvidado el tema completamente. Almorzó en un restorán con su mamá. Se sentaron en una terraza; el día estaba soleado y corría una brisa atípica para Santiago. Cuando terminaron de comer, la madre sacó una cajetilla de su cartera. Le comentó a su hija que había empezado a fumar y encendió un cigarro. Paz no le preguntó nada, solo le dije que era una ridícula, que el divorcio la había dejado con depresión. No hablaron durante todo el camino de vuelta.

La voz de su madre aparece del interior de la casa. Paz escucha. Quiere que la ayude a elegir una tenida porque saldrá en la noche; un compañero de trabajo la invitó a salir. Paz se alegra, así que se pone de pie y corre a la pieza de su mamá. Trata de que sea rápido para no dejar demasiado tiempo a la tortuga sola. Acuérdate, se repite para sí misma. ¡Acuérdate! Su madre tiene un vestido negro estirado frente a ella, sujeto con sus manos. Paz entra a la pieza. Ese me gusta, dice. Me gusta mucho, en serio. Su madre no parece convencida.

Cuando vuelve al patio, no ve a su mascota. Da un par de vueltas por el jardín y la encuentra bajo un arbusto, con el cuello estirado, tratando de masticar una flor blanca. Le acaricia el caparazón y luego la frente. El reptil gira la cabeza hacia ella. La mira por un instante como sin reconocerla. Eres muy gruñona, le dice. El animal retoma su actividad: sigue dando lentos pasos en el pasto. Paz vuelve a sentarse en el escalón y se queda quieta.

Su padre la había llamado por teléfono. Él es quien casi siempre llama. Duró poco, aunque no discutieron. La invitó a comer esa noche que su mamá tenía la cita. Ella le respondió que no podía. Él le reclamó que nunca podía. Ella dijo que no tenía ganas de pelear, y colgó.

La tortuga en ningún momento dejó de crecer. En general, los reptiles hacen eso hasta el día de su muerte. Crecen.

Ya atardece cuando su madre le avisa que se va. Te ves muy linda, mamá, le dice. ¿Tú crees?, le responde. Se despiden. Paz la acompaña hasta la puerta de calle mientras espera el uber. Cuando vuelve al patio, no encuentra a la tortuga. La busca entre los arbustos.

Su madre vuelve cerca de la medianoche. Paz llora en su pieza; su mamá llega ahí por el escándalo. Sollozando, le dice que se ha perdido su tortuguita. Se abrazan. Paz logra armar una pregunta: ¿Cómo te fue? La madre responde: Bien, hace rato no lo pasaba así. La hija la abraza y retoma su llanto.

—

Decidió visitarlo. Sentados en el balcón, él le pidió disculpas por todo; la tomó de las manos y le suplicó perdón. Oscurecía. Abajo se oía el murmullo del tráfico.

—

Una tarde. La mamá podaba las plantas de la jardinera. Vio una piedra con un diseño que le pareció curiosísimo. Con sus manos empezó a desenterrarla. Era como un iceberg en tierra: apenas una fracción al descubierto. No les costó descubrir que era el caparazón de la tortuga. Ya vacío. Su hija no estaba, así que no pudo decirle nada. Decidió volverlo a cubrir de tierra. Se levantó y prendió un cigarro, después se hizo un té. Omitió el tema.

—

El desenlace ocurre en silencio, no pasa nada espectacular. Su mamá sigue fumando, no de forma frecuente, pero tampoco lo abandona del todo. Paz a veces sale con su papá. A veces llora un poco, a veces amanece con ganas de quitarse el tatuaje.

Elefante Rosado

Juan Pablo Mira

Mención honrosa Cuentos

El café estaba servido y la máquina de escribir la esperaba, sin embargo, Helen Fante tenía otros planes. Tomó sus cosas y partió rumbo al muelle, su contacto debía estar ahí. Era un hombre misterioso de abrigo largo y cigarrillo, tal como le dijeron que se presentaría. Ella se acercó algo temerosa y antes de que pudiese dirigirle la palabra el hombre sacó del bolsillo una tarjeta y se la entregó para luego saltar sobre una pequeña lancha a motor y desaparecer sin decir una palabra. La tarjeta ponía:

Buró de Crímenes Literarios
Rua de le fantasía 322
24:00 hrs. ¡Puntual!

Esa noche esperó hasta las 23:00 antes de salir de su departamento, caminó ansiosa llevando su maletín con la novela. Entro en Rua de le Fantasía y buscó el 322. En medio del angosto callejón una puerta pequeña con un cartel iluminado que decía: "Il bar de nadie". Eran las 23:30 y entró. El bar estaba atiborrado de gente bebiendo y charlando entre el humo y las luces amarillentas de las lámparas. Se sentó en una de las pocas mesitas disponibles y pidió un gin tonic mientras se entretenía mirando a los comensales. Hasta ahí todo relativamente normal, pero, cuando el reloj marcó las doce, lo único que se escuchó fueron sus campanadas. Todos, absolutamente todos, se quedaron callados. Luego, al mismo tiempo, se pusieron de pie y comenzaron a salir uno a uno por la misma puerta por la que había entrado Helen hace media hora.

Ahora estaba sola, inmóvil y asustada, movía sus ojos tratando de encontrar alguna pista. De pronto se escuchó el rechinar de una puerta abriéndose y unos pasos acercándose. Desde uno de los costados del bar apareció el hombre misterioso del abrigo y el cigarrillo.

-¿Señorita Fante?- preguntó el hombre.

-Sí- dijo ella- es usted.

-Ruego disculpe el dramatismo de la situación, comprenderá usted que debemos cuidar nuestro anonimato. Mis colegas son parte del montaje y...-

-Lo entiendo perfectamente, -interrumpió Helen- he traído la novela-

-Perfecto- replicó, el hombre misterioso- vamos directo a nuestro asunto. Por favor, tenga la bondad de acompañarme a la oficina.

Era una oficina pequeña cubierta de libros de pared a pared y un montón de carpetas de archivo sobre el escritorio.

-Por favor, tome asiento y cuénteme el caso.

- Cómo no...

-Inspector Look

-Como no, inspector Look. El asunto es el siguiente: llevo escribiendo esta novela cerca de 4 meses y hace exactamente 3 días el protagonista principal se ha extraviado. Y no sólo eso, ha sido suplantado por un extraño ser, totalmente ridículo y descontextualizado a mi historia. Parece una broma de mal gusto.

-Fascinante, cuénteme más.

- Tal como le digo, antes que esto sucediera todo transcurría normalmente. Mi rutina de escritura no cambiaba en lo más mínimo. Mi personaje aparecía regularmente entre las

páginas mecanografiadas, lo sé, no estoy loca, todos los días escribía y releía sobre él. Pero luego, una mañana, aparece este suplantador. Tomé como de costumbre las hojas escritas la noche anterior y al principio pensé que alguien había cambiado mis borradores por los de otra persona. ¿Pero quién? Yo vivo sola y mis gatos no fueron. Además no era el caso, pues los textos eran míos pero el personaje principal estaba cambiado, suplantado por..., por un... elefante rosado. No sé dónde está mi personaje principal, qué han hecho con él y quién a puesto a este horrible animal en su lugar.

- Señorita Fante, no desespere, ha venido usted al lugar correcto. Nuestra institución lleva siglos resolviendo los más insólitos crímenes literarios y créame, su caso está en buenas manos. Para que se haga una idea, estuvimos en las ruinas del incendio de Alejandría, tomamos muestras forenses de los personajes en las cenizas de los textos y creamos un inventario de fallecimientos. Hemos acompañado literalmente millones de muertes en las páginas de la literatura universal, atestiguando las causas de muerte y hora de las defunciones. Dando fe de que los personajes hayan muerto por las causas descritas por el autor y no por alguna otra razón. Cuando no hay claridad al final de una historia sobre si el personaje queda vivo o muerto, somos nosotros los encargados de ingresar al texto y traer respuestas.

-Inspector Look, no estoy aquí para cuestionar sus métodos, pero lo que usted me dice parece ciencia ficción, ¿cómo es posible reconstruir personajes muertos de las cenizas de los libros?, ¿cómo pudieron estar presentes en la muerte de Hamlet o el Quijote?, ¿qué es eso de ingresar al texto?

- Señorita Fante, nuestro modo de operación es una mezcla perfecta entre la tecnología más avanzada y una técnica ancestral de desdoblamiento de la mente. La técnica es casi tan antigua como la literatura misma. El otrora chamán, por medio de sustancias y meditación ritual, dejaba este plano para ingresar en el universo creado por el texto. Una vez ahí podía intervenir en ese plano, visitar sus paisajes y entrevistarse con los personajes. Hoy el método es en esencia es mismo, pero ha perdido su romanticismo primitivo. Hoy contamos con tecnología lo suficientemente avanzada para leer los textos y procesarlos directamente, los textos se transforman en una suerte de película o sueño interactivo. El biblionauta, aquellos agentes destinados a ingresar al universo literario, deben viajar con su mente por medio de un dispositivo conectado directamente a la glándula pineal. Físicamente nunca se mueven, pero su mente deja esta realidad para ingresar en la fantasía. Todo esto se sustenta en la entidad ontológica de la realidad de ficción. Los personajes inventados no son sólo entes de razón, si no que tiene realidad metafísica propia. Añádale usted un poco de física cuántica, universos paralelos y listo. Pero en fin, no quiero aburrirla con disquisiciones teóricas.

- No, por favor, lo que me cuenta es asombroso. ¿puedo ser yo misma la biblionauta de mi novela?

-Me temo que no, el viaje no está exento de peligros. La realidad a la que ingresamos no siempre está lo suficientemente definida. Hay un montón de áreas grises donde las cosas no son lo que parecen. Desde giros en la trama hasta leyes físicas creadas al antojo del autor. Además, nuestro trabajo como biblionautas debe ser aséptico. Entramos y salimos intentando no intervenir ni en lo más mínimo. Usted sabe, el efecto mariposa, un pequeño cambio puede desencadenar un caos, quitamos una coma en la página uno y terminamos matando al protagonista en la página cien.

- ¿Pero cómo pueden alterar el texto ya fijado?

- Eso no siempre ocurre, en la mayoría de los casos hay cambios en el universo creado pero no siempre se ven reflejados en el texto. Nuestra labor es mayoritariamente

investigativa, de observación más que de acción. Aunque excepcionalmente intervenimos deliberadamente.

Por ejemplo, Cervantes nos pidió ingresar al texto para realizar las fiestas fúnebres del Quijote. Ninguna parte del texto lo señala pero toda La Mancha se vistió de luto y celebró en honor al Quijote durante una semana. La mayoría de nuestro trabajo ocurre tras bambalinas y rara vez el lector puede notar nuestras intervenciones. Además, cuando cruzamos la frontera entre este mundo y la literatura el texto fijo se libera y entra en la fase que denominamos "indeterminación cuántica literaria".

-No sé qué decir, creo que esto es un sueño.

-Lo sé, es difícil de creer. La cantidad de implicancias son demasiado extensas para abarcarlas todas. Pero permítame demostrarle parte de nuestro trabajo. ¿Me dijo que trae consigo su obra, no? Acompáñeme.

Salieron de la oficina y cruzaron a otra habitación que parecía un pabellón médico. En medio había una camilla donde colgaba un casco metálico con electrodos conectado a un escáner de textos. A su vez, desde el casco salía un cable conectado a una pantalla. El inspector puso las hojas en el escáner y encendió la máquina. Le pidió a Helen que tomara asiento y observara la pantalla. El inspector se recostó en la camilla y puso sobre su cabeza el casco con los electrodos cayendo en una suerte de sueño profundo.

Helen veía en la pantalla la primera hoja de su novela. Las letras comenzaron a moverse, a difuminarse. Una palabra tintineaba, otra aparecía y desaparecía. De un momento a otro la imagen del texto cambiaba a la de una película. Luego volvía al texto y así se mantenía proyectando palabras escritas y escenas filmográficas intercaladamente. Lo que Helen presenciaba no era una historia lineal. Más bien las imágenes transcurrían como un sueño. Vio al inspector en la plaza que ella describía en la página cinco, luego lo vio entrar en la biblioteca de su capítulo cuatro. Parecía como si él estuviese haciendo una suerte de mapeo del terreno, de los espacios habitables.

A los 5 minutos el inspector tuvo el primer atisbo del suplantador. Vio al paquidermo rosa, denunciado por la señorita Fante, vestido con traje y corbata, cruzando la calle en dirección a la farmacia. El inspector se acercó disimuladamente, entró en la farmacia y pretendía estar leyendo las instrucciones de una crema para las arrugas mientras miraba de soslayo al impostor. Salieron y lo siguió de lejos caminando tras de él por la calle. De pronto en una esquina el elefante dobló. El inspector Look apresuró el paso y justo cuando estaba doblando la esquina recibió un golpe de la trompa del elefante en la cara. Calló al piso algo aturdido y desde ahí veía como el elefante se alejaba corriendo. Sacudió la cabeza y se incorporó para comenzar a dar caza al elefante. Corrió tras de él tan rápido como pudo hasta que finalmente lo encontró atrapado al final de un callejón sin salida.

-¡Alto ahí, usurpador! -Dijo el inspector- al tiempo que sacaba del abrigo una suerte de arma similar a lo que nosotros entendemos por una goma de borrar. Un artificio capaz de eliminar no sólo palabras, sino conceptos, lugares, páginas completas o personajes.

- ¿Dime quién te ha puesto es este lugar? ¿Quién ha intervenido la novela de la Señorita Fante y te a puesto a ti en lugar de su protagonista principal? ¡Confiesa si es que no quieres ser borrado y dejar de existir!

- Baje el arma, inspector Look, -dijo el elefante- no estoy aquí suplantando a nadie. Soy sólo una carnada para traerlo a usted a esta historia. Diciendo esto la imagen del elefante comenzó a hacerse traslúcida y a mostrar su verdadero rostro, era Helen Fante.

-Nunca tuve un personaje principal, mi obra maestra necesitaba uno y ahora usted lo será.

Mientras tanto, en el plano de nuestra realidad, Helen inyectaba una dosis letal de cianuro en el cuello del inspector Look. Apagó la máquina y sacó su nueva novela del escáner.